

## EDITORIAL

*De las paredes del Museo cuelgan mil cuadros de todos los tamaños y proporciones, de todos los tiempos y de diversos pintores. Los hay aún como recién salidos del caballete oliendo a barníz y a pintura fresca, pero también los hay cuarteados por los años y el correr de los tiempos. Nada hace Kronos por conservarlos en su frescor primero.*

*Cada día cientos de turistas recorren veloces las salas; millones de ellos al cabo del año. Todos van corriendo, de prisa. Hay que verlo todo y no hay tiempo para tanto. Allí está la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco, y también los tiempos modernos; las grandes figuras de la historia —que todos se paran a mirar y que apenas te dejan ver—, y miles de Anónimos que continúan colgados de las paredes sin que nadie se fije en ellos. Todos pasan de largo. No hay tiempo. No te dicen nada, pero allí también están ellos.*

*De golpe, caminando por el laberinto de las entrecruzadas salas, oigo una voz que me llama:*

*— Viajero!, para un instante y descansa.*

*Se cruzaron nuestras miradas, como atraídos por un potente imán, y se estableció un diálogo. Aquél cuadro comenzó a hablarme. Me paré ante él por un largo rato. No fui yo quien lo vió, sino él que pidió le mirara; que no fuera de prisa; que hablásemos un rato.*

*— Sí, soy Baruch Espinosa, que no Spinosa, viejo paisano tuyo. Mira a dónde han venido a parar mis huesos. No fui yo el que quiso venir a estas tierras. Me obligaron. Vivía muy bien en nuestro pueblo, pero llegó un momento en que no podía respirar; necesitaba aire fresco. Aquella ley de nuestro rey Felipe, — creo que ahora le llamáis el Prudente—, ¿sabes a qué me refieren?*

*— Ah, sí!*

*— aquella ley fue la que obligó a marcharme, a mí y a los míos.*

*— Y a muchos más.*

*— Si todo quedara ahí!, ¡alabado sea Yavé!... Cuanto me gustaría poder volver a mi tierra, pero no puedo. Aquellos aires no me prueban. Necesito estos de libertad que tengo aquí. Sí!, de libertad. Sólo en ella me siento bien, respiro aire puro y encuentro el clima para la filosofía. Lo repetiré mil veces; cuantas haga falta; a los cuatro vientos. No hay filosofía sin libertad. ¿Comprendes ahora por qué me fui?*

*.....*

Sonó un chirriante timbre en el Museo y también yo tenía que marcharme. Qué corto se me había hecho el tiempo.

— Perdona!, nos echan. Tengo que irme, pero volveré si tú quieres. Ya sé dónde encontrarte.

— Aquí estaré. Hasta cuando quieras.

.....

Aquellas palabras de Baruch penetraron como layas en mi interior. *No hay filosofía sin libertad. No hay filosofía sin libertad. Libertad, libertad... Toda la historia fue pasando veloz, como una película, por mi memoria intentando reconocer los años de libertad que habíamos tenido. Sí!, ahí estaba la clave. Me la había dado él, Baruch Espinosa. Sólo en la libertad crece la filosofía.*

*Desde aquél momento todo fue más claro y sencillo. No hay filosofía sin libertad. No puede haber filosofía donde no hay libertad. ¿Qué libertades son las nuestras?, comencé a preguntarme. Qué libertad ha tenido nuestro pueblo en otros tiempos, y cuál ha sido la de los demás.*

*Allí estaba lo que yo quería saber, y me lo había enseñado él, Baruch Espinosa, el judío español trasterrado. No hay filosofía sin libertad. Desde aquél encuentro la libertad se convirtió para mí en obsesión, en constante búsqueda. Los pueblos necesitan libertad para que crezca en ellos la filosofía. Esta no se da si los pueblos no tienen libertad.*